

dispusiese voluntariamente con quien rezaba día y noche.

Llegó la hora de dejar libre á Quasimodo; le desataron y se dispersó la multitud que ocupaba la plaza de la Grève.

Cerca del puente Grande, Mahieta, que volvía á casa con sus dos compañeras, se paró bruscamente, diciendo á su hijo:

—Ahora que recuerdo, Eustaquio, ¿qué has hecho de la torta?

—Madre, la respondió el muchacho, mientras hablábais con aquella mujer de la cueva vino un perrazo y me mordió la torta, y entonces tambien yo la di un bocado.

—¿Cómo un bocado, si te la has comido toda?

—Madre, si fué el perro! ya le reñí, pero no me hizo caso, y entonces fué cuando yo me tragué el resto.

—Es un niño terrible, repuso la madre sonriéndose y regañándole al mismo tiempo. ¿Sabeis, Oudarda, que él solito se come ya todo el cerezo de nuestra huerta de Charlerange? Por eso su abuelo dice que ha de ser capitán. ¡Cuidado que vuelva á suceder eso otra vez! ¡Anda, tragon!

LIBRO SÉPTIMO

I.

Inconvenientes de confiar secretos á una cabra.

Han transcurrido muchas semanas. Eran los primeros días del mes de Marzo, uno de esos días de primavera, tan hermosos y tan suaves de París, en los que toda la población se desparrama por sus calles y paseos y los celebra como si fuesen días de fiesta; en esos días de gran claridad, serenos y templados, hay ciertas horas en las que debe admirarse la portada de Nuestra Señora; cuando el sol, ya inclinado al Occidente, mira casi de frente á la Catedral; sus rayos, cada vez más horizontales, se retiran lentamente del pavimento de la plaza y suben á lo largo de la fachada perpendicular, cuyas redondas é innumerables esculturas se destacan de la sombra, mientras que el gran roseton central relumbra como el ojo de un ciclope inflamado por las reverberaciones de la fragua.

En dicha hora y frente por frente de la Catedral, enrojecida por el sol Ponien-

te, en un balcon de piedra practicado encima de un pórtico de una hermosa casa gótica, á la esquina de la plaza y de la calle del Compás, hermosas jóvenes hablaban, reían y loqueaban. En la longitud del velo que caía desde lo alto de su tocado, puntiagudo y adornado con perlas; en la finura de la gorruera bordada que cubria sus hombros, dejando ver, segun la moda de entonces, el nacimiento de sus pechos virginales; en la opulencia de sus zagaleros de debajo, más ricos aun que los de encima; en la gasa, en la seda y en el terciopelo con que se adornaban y sobre todo en la blancura de sus manos, que acusaban la ociosidad y el bienestar, se conocia que dichas jóvenes eran nobles y ricas hetederas. Pertenecian, en efecto, á esa alta clase la señorita Flor de Lis de Goudelaurier y sus compañeras Diana de Christeuil, Amelota de Montmichel, Columba de Gaillefontaine y la niña Champectevrier, doncellas de ilustre rango, que estaban juntas á la sazón en casa de la señora viuda de Goudelaurier, porque monseñor de Beaujen y su esposa debian ir á París por el mes de Abril para elegir en la capital algunas damas de honor para la delina Margarita, cuando fuesen á recibirla á Picardía, en cuya población debian entregarla los flamencos. Todos los hidalgos de treinta leguas á la redonda solicitaban este honor para sus hijas, y ya muchos las habian llevado ó enviado á París: las que estaban en este caso las confiaron sus padres á la discreta y venerable custodia de la señora Aloisa de Goudelaurier, viuda de un antiguo jefe de los alabarderos del rey, que se habia retirado con su hija única á su casa de la plaza del Atrio de Nuestra Señora.

Al balcon al que se asomaban las jóvenes se salía por una estancia ricamente tapizada de cuero de Flandes, de color leonado, guarnecido con follajes de oro. Las vigas que rayaban el techo paralelamente entretenian la vista con multitud de caprichosas esculturas pintadas y doradas. En los bauls cincelados brillaban aquí y allá espléndidos esmaltes; un hocico de jabali, de loza, coronaba un magnífico aparador, cuyas dos gradas anunciaban que la señora de la casa era viuda de señor de pendon y de caldera. En el fondo, al lado de alta chimenea toda blasonada, estaba sentada en un sillón de terciopelo rojo la viuda de Goudelaurier, cuyos cincuenta y cinco años no solo estaban escritos en su

rostro, sino en su traje. A su lado y de pié estaba un jóven de bizarra presencia, aunque algo vana y fanfarrona, uno de esos hombres que pasan sin oposicion por buenos mozos entre todas las mujeres, aunque los miran con desden los hombres graves y fisonomistas. Dicho jóven vestia el brillante uniforme de capitán de los arqueros de la guardia del rey, traje semejante al de Júpiter que describimos en el libro primero de esta historia y que nos ahorra ocuparnos ahora de él.

Estaban sentadas las doncellas, unas en la sala, otras en el balcon, unas sobre almohadones de terciopelo de Utrech con rapacejos de oro y otras en taburetes de encina esculpidos con flores y con figuras. Sostenian cada una de ellas sobre las rodillas una parte de un gran tapiz hecho con la aguja, en el que trabajaban todas y del que colgaba un pedazo, cayendo sobre la estera que cubria el suelo. Hablaban entre ellas con los cuchicheos y risitas disimuladas propios de un conciliábulo de doncellas entre las que hay un hombre; un hombre cuya presencia bastaba para poner en juego el amor propio femenino, pero del que el jóven no parecia preocuparse, porque se ocupaba sin distraerse en sacar lustre con su guante de piel de gamuza á la hebilla del cinturón.

De vez en cuando la señora anciana le dirigia la palabra en voz baja y él la contestaba con cortesía torpe y casi obligada. En las sonrisas, en los signos de inteligencia de dicha señora, en los guiños que dirigia á su hija Flor de Lis, hablando en voz baja con el capitán, fácil era conocer que se trataba de algun proyecto matrimonial, de próxima boda sin duda entre el jóven y su hija; en la frialdad mal disimulada del oficial era tambien fácil de conocer que, al menos por su parte, no era aquello cuestion de amor. Todo en el capitán indicaba la incomodidad y el fastidio, que nuestros oficiales de guarnicion traducirian hoy con estas palabras: ¡Qué maldito servicio!...

La buena señora, encaprichada con su hija, como casi todas las madres, no advertia la falta de entusiasmo del oficial, y se esforzaba en hacerle notar la perfeccion con que Flor de Lis maneja la aguja y devanaba el ovillo.

—Miradla, le decia al capitán, tirándole de la manga para hablarle al oído; miradla, ahora se baja.

—Es verdad, respondiale éste, y volvia

á caer en su distraccion y en su glacial silencio.

Al poco rato Flor de Lis se inclinaba otra vez hácia el suelo y la señora Aloisa le decia al capitán:

—¿Habeis visto nunca mujer más completa que vuestra prometida? ¿Más blanca ó más rubia? ¿No parece su cuello puro y torneado el cuello del cisne? ¡Qué dichoso sois por haber nacido hombre, picaruelo, libertino! ¿No es verdad que Flor de Lis es tan hermosa que hechiza y que estais loco por ella?

—En eso no cabe duda, respondia el jóven, pensando en cualquiera otra cosa.

—Vamos, hablada, le dijo de repente la viuda, empujando al capitán hácia su hija. Decidla algo; os habeis vuelto tímido.

Podemos afirmar á nuestros lectores que no era la timidez la virtud ni el defecto del capitán, pero procuró obedecer.

—Discreta Flor de Lis, ¿quereis explicarme el asunto de la obra de tapicería que estais bordando?

—Distraido capitán, le contestó la jóven con un acento en el que se traslucia el despecho, ya os lo he dicho tres veces; es la gruta de Neptuno.

Verdaderamente Flor de Lis interpretaba con más sagacidad que su madre la indiferencia y la distraccion del oficial, y éste conoció que era ya preciso entablar la conversacion de un modo ó de otro.

—A dónde destinais esa gruta?

—A San Antonio de los Campos, contestó Flor de Lis sin levantar la vista de su faena.

Cogió el capitán una punta del tapiz y preguntó:

—¿Quién es ese gendarme gordo que hincha los dos carrillos soplando en la trompeta?

—Triton, respondió la jóven.

Continuaba resentida al parecer Flor de Lis; el capitán comprendió que era indispensable ya decirla al oído una flor, una galantería, algo que la desenojase; se inclinó hácia ella, pero no pudo encontrar en la imaginación nada más íntimo ni más tierno que lo siguiente:

—¿Por qué usa siempre vuestra madre corpiño blasonado como nuestras abuelas de la época de Carlos VIII? Decidle que eso ya no se estila y que el gozne y el laurel de su blason heráldico, bordados en forma de escudo en sus faldas, hacen que se parezca á una chimenea andando. Os juro que ya en la actualidad nin-

gun noble se sienta sobre sus armas. Fijó en él Flor de Lis los ojos con expresion de reproche, y le dijo tambien en voz baja:

—Todo eso es lo que me jurais?...

Entre tanto, la viuda noble, contenta de ver á los jóvenes juntos y cuchicheando, decia, jugando con las manecillas de su *Ejercicio cotidiano*:

—Interesante cuadro de amor!

El capitán, cada vez más embarazado, volvió á contemplar el tapiz y exclamó:

—¡Verdaderamente este trabajo es soberbio!

Al oír este elogio, Columba, otra hermosa rubia de cutis blanco, ricamente vestida de damasco azul, aventuró con timidez una pregunta que dirigió á Flor de Lis, con la esperanza de que el hermoso capitán respondiera.

—¿Habeis visto, querida mia, las tapicerías del palacio de la Roche-Guyon?

—¿En ese palacio no está encerrado el jardín de la Lavandera del Louvre? preguntó riendo Diana de Christeuil, que poseia hermosísimos dientes y que por lo tanto se reia siempre.

—¿No es donde está el torreón grande de la antigua muralla de Paris? añadió Amelota de Montmichel, hermosa y fresca morena, que tenia la costumbre de suspirar, como la otra de reír, sin saber por qué.

—¿Os referís, sin duda, preguntó la señora Aloisa, al palacio que pertenecia al señor de Bacqueville en tiempo de Carlos VI? Pues efectivamente; allí hay antiguas y preciosas tapicerías.

—Carlos VI!... refuntuñó entre dientes el capitán, retorciéndose el bigote. ¡La buena señora recuerda unas anti-guallas!...

—¡Pocas tapicerías quedan tan soberbias como aquellas!... continuó diciendo la madre de Flor de Lis.

En este momento, Berenguela de Champectevrier, esbelta niña de siete años, que miraba á la plaza por entre los enrejados del balcon, gritó:

—Oh! mira, Flor de Lis, mira, madrina, una bailarina muy bonita; danza en la plaza y toca la pandereta dentro del corro que forma la gente.

Se oía, en efecto, el eco sonoro de la pandereta.

—Será alguna gitana! contestó Flor de Lis, volviéndose con desden hácia la plaza.

—Veamos! veamos! gritaron sus vivas compañeras, y corrieron todas hácia el

balcon, mientras que Flor de Lis, pensativa por no saber á qué atribuir la frialdad de su prometido, las seguia con lentitud, y éste, salvado por el incidente actual de seguir una conversacion enojosa para él, se dirigió al fondo de la estancia con el aire satisfecho del militar relevado de servicio. Sin embargo, era halagüeño y codiciado el servir á Flor de Lis, y al mismo capitán así le habia parecido en otros tiempos; pero se fué fatigando de él poco á poco y la perspectiva de un próximo matrimonio le enfriaba más cada día; además, era hombre de condicion inconstante y de gustos vulgares. Era hijo de noble cuna, pero la vida militar le habia hecho adquirir costumbres soldadescas; le gustaba la taberna con todas sus consecuencias, y se encontraba en su elemento oyendo y diciéndolo palabrotas entre galanterías militares, fáciles mujeres y fáciles éxitos. Recibió, sin embargo, de su familia buena educacion y buenos modales, pero empezó desde muy jóven á correr mundo y á cursar cuarteles, y cada día el barniz de caballero se desgastaba con el áspero roce de su tahalí de gendarme. Sin dejar de visitar á Flor de Lis por un resto de respeto humano, sentíase fastidiado el bueno del capitán en casa de ésta, porque á fuerza de subdividir su amor en toda clase de sitios, reservaba muy poco para ella, y porque estando entre damas tan distinguidas, tan frias y tan severas, temia á cada paso que de su boca, acostumbrada á juramentos y á malas palabras, se escapase alguna frase de taberna ó alguna inconveniencia que le desacreditase. Todo esto se confundia en él con grandes pretensiones de elegancia, de lujo y de tener buena figura. Compagine el lector como pueda estos datos, que yo no soy más que historiador.

Hacia algunos momentos que, pensando ó sin pensar, se apoyaba sin hablar en el mármol esculpido de la chimenea, cuando Flor de Lis, volviéndose de repente, le dirigió la palabra; la pobre niña solo le reñia por defender su corazón.

—¿Os acordais de habernos referido que librásteis de unos salteadores hace dos noches á una gitana, yendo de ronda por las calles de la capital?

—Sí, lo recuerdo, contestó el capitán.

—Puede que sea esa gitana la que está bailando en la plaza. Venid á ver si la conoceis, Febo.

Se traslucia secreto deseo de reconoci-

liacion al invitarle á acercarse á ella y en llamar al capitán por su nombre. El capitán Febo de Chateaupers (porque él era, en efecto) se acercó al balcón con lentitud.

—Mirad, le dijo Flor de Lis, posando cariñosamente la mano en el brazo de Febo; mirad á aquella jóven que danza dentro del círculo: es vuestra gitana?

—Sí, la reconozco por la cabra, contestó el capitán, después de mirarla atentamente.

—Lleva una cabra muy bonita! exclamó Amelota juntando las manos con admiración.

—¿Sus cuernos son verdaderamente de oro? preguntó Berenguela.

Sin menearse del sillón preguntó la señora Aloisa:

—¿Es una de las gitanas que entraron el año pasado por la puerta de Gibard?

—Esa puerta se llama en la actualidad puerta del Infierno, le contestó con dulzura Flor de Lis.

La hija de la viuda sabía que desagradaban al capitán las palabras anticuadas de su madre; ésta ya comenzaba á murmurar entre dientes:

—La puerta Gibard! ¡Por ella pasó el rey Carlos VI!

—Madrina, exclamó Berenguela, que tenía los ojos siempre en movimiento y que se había fijado de pronto en la cima de las torres de Nuestra Señora; ¿quién es aquel hombre negro que está allá arriba?

Todas las jóvenes alzaron la vista y contemplaron á un hombre, que estaba apoyado de codos en la baranda culminante de la torre septentrional que mira hácia la plaza de la Grève. Era un sacerdote: se veían con claridad su traje y su rostro, apoyado en las dos manos, pero estaba tan inmóvil como una estatua. Sus ojos estaban fijos en la plaza; su inmovilidad era la del milanés que descubre un nido de gorriones y que le mira.

—Es el señor arcediano de Josas, contestó Flor de Lis á la niña.

—Buena vista teneis si desde aquí le distinguís, repuso Columba.

—Contempla estático á la bailarina, añadió Diana.

—Pues que se guarde de él, que es enemigo de los gitanos, dijo Flor de Lis.

—Es lástima que ese hombre la mire con malos ojos, porque baila muy bien, repuso Amelota.

—Ya que conoceis á esa gitana, amigo Febo, dijo de repente Flor de Lis,

hacedla subir y nos divertirá un rato.

—Sí, sí, exclamaron todas las jóvenes dando palmadas de alegría.

—Pero eso es una locura, respondió Febo; ella se habrá olvidado de mí, y yo no sé ni su nombre; pero ya que lo deseais, procuraré complaceros; é inclinándose sobre la baranda del balcón, empezó á gritar:

—Eh, bailarina! bailarina!...

La gitana, que no tocaba la pandereta en aquel momento, volvió la cabeza hácia el punto donde la llamaban, fijó en el capitán su brillante mirada y permaneció inmóvil.

—Eh, bailarina! repitió Febo, llamándola otra vez con la voz y con la mano.

La gitana le volvió á mirar, después se ruborizó, como si le hubiera pasado una llama por las mejillas, y poniéndose la pandereta debajo del brazo se dirigió, por en medio de los atónitos espectadores, hácia la puerta de la casa desde la que la llamaba el capitán, andando con lentitud, trémula y con la vista turbada del pájaro que cede á la fascinación de la serpiente.

Un momento después vieron las jóvenes separarse la cortina de tapicería de la puerta de la estancia y aparecer en su dintel la gitana, encendida, ruborosa y con la vista inclinada al suelo, sin atreverse á dar un paso más.

Berenguela aplaudió con entusiasmo.

Pero la bailarina permanecía inmóvil en el dintel de la puerta. Su aparición produjo singular efecto en aquel grupo de doncellas. Es seguro que vago é involuntario deseo de agradar al hermoso oficial las animaba á todas á la vez, que el espléndido uniforme era el blanco de todas sus pretensiones y que desde que entró en la estancia existía en ellas cierta rivalidad secreta, sorda, de la que no sabían darse cuenta, pero que no por eso dejaba de revelarse á cada instante en sus palabras y en sus acciones; pero como todas ellas eran con corta diferencia de igual belleza, luchaban con armas iguales y cada una podía con fundamento esperar salir victoriosa. La llegada de la gitana rompió bruscamente este equilibrio, porque era tan extraordinaria su hermosura, que, en el momento en que se presentó en la puerta de la estancia, la inundó de una especie de luz que nacía de ella. En aquella cámara cerrada, entre el sombrío ceñidor de colgaduras y de artesonados, estaba mucho más hermosa y mucho más radiante que en la plaza pública, como

la antorcha que pasa de la claridad del día á la oscuridad de la noche. Las doncellas, á pesar suyo, quedaron deslumbradas, sintiéndose humilladas hasta cierto punto ante la hermosura de la gitana: por eso su frente de batalla (permítasenos esta expresión) cambió de repente sin que se dijera ni una sola palabra, pero comprendiéndose perfectamente. Los instintos de las mujeres se comprenden y se responden con mayor rapidez que las inteligencias de los hombres. Acababa de llegar una enemiga común, todas lo conocían y todas se unieron. Basta una gota de vino para colorar un vaso de agua; para teñir de cierto humor á una asamblea de hermosas mujeres, basta la llegada de otra más hermosa, sobre todo cuando entre ellas solo hay un hombre.

Recibieron, pues, á la gitana con extremada frialdad. Miráronla de arriba á abajo, después se miraron ellas entre sí, y ya no fué necesario que hablasen; se habían comprendido. Entre tanto la jóven esperaba que la dirigiesen la palabra, tan turbada, que no se atrevía á levantar los ojos.

Tuvo que entablar el diálogo el capitán.

—¡A fé mia, dijo con el acento de intrépida fatuidad, que es una mujer encantadora! ¿No os parece así, Flor de Lis?

Esta contestó al capitán con suave afectación de desden:

—No es fea.

Las otras cuchicheaban.

Por fin la señora Aloisa, que no era la menos envidiosa de todas, pero lo era por su hija, le dijo:

—Acércate, chiquilla.

—Acercaos, chiquilla, repitió con cómica dignidad Berenguela, que llegaría todo lo más á la cadera de la gitana.

Entonces ésta se adelantó, acercándose á la noble viuda.

—Hermosa niña, le dijo Febo con énfasis, dando algunos pasos hácia ella, no sé si he alcanzado la satisfacción suprema de que me reconozcais...

—Oh, sí! contestó la gitana interrumpiéndole, con una sonrisa y una mirada llenas de infinita dulzura.

—No tiene mala memoria, observó Flor de Lis.

—Lo decía porque os escapásteis con rapidez aquella noche: ¿es que os causó miedo?

—Oh, no! respondió la gitana.

En el acento con que pronunció: ¡Oh, no! y ¡oh, sí! una frase tras otra, había un no sé qué de inefable que ofendió á Flor de Lis.

—Por más señas que me dejásteis en vuestro lugar, dijo el capitán, cuya lengua se desataba en cuanto hablaba con mujerzuelas, un fenómeno chusco, tuerto y jorobado, el compañero del obispo, según creo. Me han dicho que es el bastardo de un arcediano y diablo de nacimiento, y que tiene un nombre muy particular; llámase Cuatro-tiempos, Pascua-Florida, Martes de Carnaval, ¡qué sé yo!... un nombre de día de fiesta principal. ¡Se atrevió á robaros, como si fuerais manjar para boca de bedeles!... ¿Qué diablos queria de vos semejante mo-chuelo?

—No lo sé, respondió Esmeralda.

—Habrás visto insolencia como ella! ¡atreverse un miserable campanero á robar una doncella como si fuese un vizconde!... ¡atreverse un villano á cazar en tierra de caballeros!... pero al fin carle ha costado esa insolencia. Maese Pierrot Torterne es el más rudo palafrenero que sienta la mano á los bribones, y puedo aseguraros, para vuestro consuelo, que la pelleja del campanero ha probado perfectamente el sabor de sus correas.

—Pobre hombre! exclamó la gitana, recordando la escena de la picota.

El capitán soltó una carcajada.

—Cuerno de buey! ¡Vaya una compasión tan bien empleada como una pluma en el cuello de un cerdo! Consiento en ser barrigudo como un Papa si...

Se paró de repente y dijo después:

—Perdonadme, señoritas; iba á decir una necedad.

—Lo hacia prever vuestro lenguaje, le dijo Columba.

—Habla en su lengua á esa mozuela, añadió á media voz Flor de Lis, cuyo despecho aumentaba por momentos, y que creció más todavía al ver que el capitán, entusiasmado con la gitana, y sobre todo consigo mismo, hizo una pirueta sobre sus talones, repitiendo con galantería cándida y soldadesca:

—Arrogante moza á fé mia!

—Y raramente vestida, añadió Diana riendo y enseñando sus hermosos dientes.

Esta reflexión fué un rayo de luz para las demás jóvenes, que les hizo ver el lado flaco de la gitana. No pudiendo morder su belleza, se lanzaron á destruirla el traje.

—Es verdad, repuso Amelota: ¿quién te ha enseñado á correr por las calles sin grillon ni paletina?

—Ese zagalejo es demasiado corto, añadió Columba.

—Hija mia, prosiguió con sobrada acrimonia Flor de Lis, guardaos de que no os echen el gancho los soldados de la Docena por llevar ese cinturón dorado.

—Gitanilla, repuso Diana con su im- placable sonrisa, si cubrieras los brazos con mangas, como es debido, no los to- taria tanto el sol.

Era verdaderamente escena digna de un espectador más inteligente que Febo el presenciar cómo aquellas her- mosas jóvenes, con lenguas venenosas é irritadas, serpeaban, mordían y se ensa- ñaban con la pobre bailarina ambulante; eran crueles y graciosas; examina- ban y destrozaban con malignidad la pobre y loca *toilette* de la gitana con risas, ironías y humillaciones sin fin. Llovían sobre ella los sarcasmos, las mi- radas torcidas y la compasión altiva; se parecían á aquellas jóvenes damas ro- manas que se divertían clavando agujas de oro en el seno de una hermosa esclava; se parecían á una jauría de elegantes galgas cazadoras girando, con la nariz hinchada y con los ojos ardientes, al re- dedor de una pobre corza de las selvas, que la presencia del amo les impide de- vorar.

¿Qué era, en efecto, para aquellas doncellas de noble alcurnia una misera- ble bailarina de las calles? Se ocupaban de ella como si no estuviese presente y en voz alta, como de cosa bonita, pero abyecta y sucia. No era insensible la gitana á aquellos alfilerazos. De vez en cuando la púrpura de la vergüenza ó el rayo de la cólera inflamaba sus ojos ó sus mejillas, y una palabra desdeñosa estaba á punto de salir de sus labios, y hacia con desprecio el gracioso mohín que ya conocen los lectores; pero perma- necía inmóvil, fijando en el joven capitán la mirada triste, dulce y resignada, que expresaba también felicidad y ternura; parecía que se contenía por temor de que la echaran á la calle.

Febo reía también y abrazaba el parti- do de la gitana, mezclando la imperti- nencia á la compasión.

—Dejadlas que hablen, repetía hacie- do sonar sus espuelas de oro; sin duda vuestro traje es extravagante, pero eso nada significa cuando la mujer es hermo- sísima.

—Dios mio! exclamó la rubia Columba,

parece que á los arqueros del rey les in- flaman pronto los buenos ojos de las egipcias.

—Y por qué no? dijo Febo.

Al oír esta frase dicha con indiferencia, echáronse á reír Columba, Diana, Ame- lota y Flor de Lis, á cuyos ojos se asomó una lágrima en aquel momento.

La gitana, que acababa de inclinar los ojos al suelo, en aquel instante los alzó radiantes de alegría y de orgullo y los fijó en el capitán; estaba entonces her- mosísima.

La noble viuda se sentía ofendida sin saber por qué.

—Virgen Santa! ¿qué es esto que me rebulle entre las piernas? Ay! ¡es un avechuelo! gritó.

Era la cabra, que acababa de entrar buscando á su ama y que al correr hacía ella enredó los cuernos en el montón de damasco que caía á los pies de la vene- rable señora cuando estaba sentada. Esto sirvió de nueva diversión á las doncellas. La gitana desenredó á la cabra.

—Ay! ¡esa cabrita tiene las patas de oro! gritó Berenguela dando saltos de alegría.

Púsose de rodillas la gitana y apoyó en su mejilla la cabeza del animalito, como si le pidiese perdón por haberle olvidado.

Entre tanto Diana, inclinándose al oído de Columba, le dijo:

—No sé cómo antes no lo he compren- dido. Esta es la gitana de la cabra, que dicen que es bruja, cuya cabra hace monerías milagrosas.

—Pues bien, la contestó Columba, pues es necesario que nos divierta á su vez y nos haga algún milagro.

Diana y Columba le dijeron á un mis- mo tiempo á Esmeralda:

—Que la cabra nos haga un milagro.

—No sé lo que quereis decir, las contes- tó la bailarina.

—Que haga un milagro, una magia, una brujería.

—No os comprendo.

La gitana volvió á acariciar á la cabra. En aquel momento vió Flor de Lis un saquito de cuero bordado suspendido del cuello del animal.

—Qué es eso que lleva al cuello? pre- guntó á la gitana.

La bailarina levantó sus grandes ojos negros hacia la prometida de Febo y la respondió gravemente:

—Es mi secreto.

—Quisiera saber cuál es su secreto, dijo para sí Flor de Lis.

Levantóse malhumorada la noble viu- da y se dirigió á la gitana:

—Si no bailais ni tú ni la cabra, ¿qué haceis aquí?

La gitana, sin responderle, se dirigió con lentitud hacia la puerta, pero á me- dida que se acercaba á ella iba disminu- yendo el paso; invencible imán la re- tenia; de repente volvió hacia Febo los ojos húmedos de lágrimas y se paró.

—Vive Dios! exclamó el capitán; no hay motivo para irse de ese modo. Ve- nid acá y bailad algo. Pero antes decid- me, hermosa niña, cómo os llamais.

—Esmeralda, contestó la bailarina, sin apartar los ojos del capitán.

Al oír este nombre extraño echáronse á reír las cuatro doncellas.

—Vaya un nombre de señorita! dijo Diana.

—Por él se conoce que es una hechicera, repuso Amelota.

—Hija mia, dijo con voz solemne la noble viuda, no han pescado vuestros padres ese nombre en la pila bautismal.

Entre tanto hacia ya algunos minutos que Berenguela, sin que nadie lo viese, había atraído á la cabra á un rincón de la cámara con la ayuda de un bizcocho, y al cabo de un momento fueron ínti- mas amigas. La curiosa niña desató el saquito que la cabra llevaba pendiente del cuello, lo abrió y derramó en el suelo su contenido, que era un alfabeto, cu- yas letras estaban escritas, cada una separada de la otra, en tablitas de boj.

Apenas cayeron al suelo aquellos ju- guetes vió la niña, con la mayor sor- presa, que la cabra cogía con su patita de oro ciertas letras y las arreglaba, em- pujándolas con suavidad, guardando entre ellas cierto orden; al cabo de pocos instantes resultó de aquel manejo una palabra, que sin duda el animalito esta- ba muy acostumbrado á escribir, por- que tardó poco en formarlas, y Beren- guela gritó de repente, juntando las manos con admiración:

—Madrina! madrina! ¡mirad lo que acaba de hacer la cabra!

Acudió á verlo Flor de Lis y se extre- meció. Las letras arregladas en el suelo formaban esta palabra:

FEBO.

—Eso lo ha escrito la cabra? preguntó á Berenguela con voz alterada.

—Sí, madrina, contestó ésta.

No podía ponerse en duda, porque la niña no sabía escribir.

—Este es su secreto, pensó Flor de Lis.

FEBO.

—Eso lo ha escrito la cabra? preguntó á Berenguela con voz alterada.

—Sí, madrina, contestó ésta.

No podía ponerse en duda, porque la niña no sabía escribir.

—Este es su secreto, pensó Flor de Lis.

A los gritos de la niña se acercaron todos, la noble viuda, las doncellas, la gitana y el capitán.

Al ver la bailarina lo que acababa de hacer la cabra, se quedó primero encen- dida, despues pálida, y se puso á tem- blar delante del capitán, que la contem- plaba, sonriendo con satisfacción y con asombro.

—Febo! cuchicheaban las doncellas estupefactas; ¡ese es el nombre del capi- tán!...

—Teneis maravillosa memoria! dijo Flor de Lis á la gitana, que quedó pe- trificada; y luego, prorumpiendo en so- llozos, exclamó, cubriéndose el semblante con ambas manos: Es una hechicera! Y al decir esto oía dentro de su corazón una voz más amarga aun que le decia: Es tu rival! y cayó al suelo desmayada.

—Hija mia! hija mia! exclamó la ma- dre con sobresalto. ¡Vete, gitana del infierno!

Recogió Esmeralda del suelo con ra- pidez las importunas letras; hizo á Djali señal de que la siguiese, y salió de la cámara por una puerta, mientras se lle- vaban á Flor de Lis desmayada por la otra.

El capitán Febo quedó solo un mo- mento, vaciló un instante, pensando por qué puerta de las dos saldría, y por fin se marchó detrás de la gitana.

II.

Un sacerdote y un filósofo son dos.

El sacerdote que habían visto las cuatro doncellas en lo alto de la torre septentrional de Nuestra Señora, inclinado hacia la plaza y mi- rando atentamente bailar á la gitana, era efectivamente el arcediano Claudio Frollo.

Nuestros lectores no habrán olvidado la celda misteriosa que el arcediano se habia reservado en esa torre. (Ignoro, y sea dicho de paso, si era ó no la misma cuyo interior puede verse aun hoy por una ventanilla cuadrada, abierta á la parte de Levante, á la altura de un hombre, sobre la plataforma desde la que se levantan las torres; un chiribitil, hoy desnudo, vacío y descascarado, cu- yas paredes están adornadas aquí y allá con pésimos grabados amarillentos, que representan fachadas de catedrales. Pre- sumo que habitan ese agujero murciéla- gos y arañas, y que por consiguiente se